

RECENSIONES

MARTÍNEZ DE CAMPOS, CARLOS: *España bélica. El siglo XVIII*. Editorial Aguilar, 320 páginas. Madrid, 1965.

Un intento digno de consideración y estudio es la obra escrita por el teniente general, Duque de la Torre, que bajo el título *España bélica*, comprende una serie que, en cinco volúmenes, va a mostrar el desarrollo histórico de nuestra Patria desde el comienzo de la Edad Moderna hasta nuestros días.

Existen muchas publicaciones históricas en las cuales las guerras no pasan de ser meras citas, ampliadas en las causas ambientales del conflicto y seguidas de las *consecuencias* a que dieron lugar. Normalmente traducidas en el lenguaje de las pérdidas o ganancias territoriales, para las potencias que intervinieron en la lucha.

El trabajo de Martínez Campos es esencialmente distinto. Los acontecimientos bélicos que en el siglo XVIII tuvieron lugar, son analizados y narrados de manera harto global y minuciosa. Presenta la actuación de gran cantidad de personajes, políticos y militares, cuyo nombre no ocupa las páginas populares de la Historia, sino que son el andamiaje de los estudios monográficos y de investigación, puesto que su acción en los acontecimientos narrados fué singularmente destacada, aunque el cargo que desempeñaran no fuera el de ministro o general en jefe.

Considerado militarmente, el siglo XVIII español está caracterizado por un gran número de victorias intrascendentes, de éxitos tácticos que no se aglutinaron en victorias estratégicas y que no pudieron compensar a las derrotas que, con este signo estratégico, sufrieron nuestras armas.

Tanto en este siglo (Luis XIV) como en el XIX (Napoleón I), Francia contribuye positivamente a nuestra desmembración y decadencia, y a la desaparición del mayor imperio que el mundo ha conocido.

La Guerra de Sucesión (1702-1714) pesó duramente sobre nuestro territorio, del que un día nefasto, el 4 de agosto de 1704, nos fué amputado un trozo: Gibraltar. Una dura espina aún clavada.

El Duque de la Torre, reconociendo la importancia estratégica del Peñón, y todo lo que supone para el español de 1965 la actual situación bajo dominio inglés, dedica muchas páginas a describir con certera y desapasionada pluma la actuación del almirante Rooke y los intentos de recuperación del Peñón, cuya primera acción tiene lugar el día 24 de agosto, sin que el encuentro de las naves inglesas y franco-españolas tuviera más consecuencias que un gran consumo de municiones.

Un intento terrestre de apoderarse por sorpresa del Peñón, tampoco tiene éxito, pero el asedio continúa..., y Martínez Campos, sigue narrando, mostrando planos de la época, cañones de campaña y de fortaleza, que ambientan perfectamente al lector, y *análogamente continúa* en el Segundo Sitio (con designación algo impropia, pues en realidad no se trataba ni siquiera de un asedio).

Al último Sitio de Gibraltar (1779-1783) dedica el académico de la Historia y de la

RECENSIONES

Lengua una singular atención, por estimar que este tercer Sitio *está tan entrañablemente unido a nuestra «historia patria» y en especial a nuestra «historia militar», que resulta conveniente desligarlo del conjunto de campañas destinadas a restablecer nuestro prestigio frente al mundo que contaba en las postrimerías del XVIII.* Para el autor, la espina sigue clavada a pesar del gran esfuerzo realizado, y es extraño que no se hayan corregido defectos, aprovechado enseñanzas, reformado principios y realizado un gran esfuerzo para recuperar la plaza que nos arrebató el Tratado de Utrecht.

Episodios bélicos en Melilla, Argel, Orán y Ceuta llevan al lector por los campos africanos (1774-1793), acabando el siglo cinco años después de la Paz de Basilea (22 de julio de 1795). Esta pone fin a la guerra en los Pirineos, comenzada en 1793, en la que la campaña del Rosellón y el general Ricardos son nombres sonoros y destacados.

Los episodios de Ultramar, desde los ataques a La Habana hasta la emancipación de las colonias inglesas en América, son acertadamente enjuiciados, con descripciones llenas de vigor y colorido.

Es curioso plantearse, ante cien años en que la vida de los españoles ha estado entregada de esos dos conceptos antagónicos y sugestivos que son la guerra y la paz, las complicadas razones para que ambas hayan existido alternativamente; son razones que unas veces derivan de los hechos y otras son el origen de su estructura. Para conocerlas a fondo, para penetrar en su esencia, la *historia-filosofía* no parece ser suficiente, y por ello ha surgido la *polemología*, que analiza biosocialmente la relación existente entre los hechos; elimina el carácter cuántico de la historia bélica y señala la relación geopolítica que existe entre una guerra y la siguiente. La polemología guarda con la geobélica análoga relación a la existente entre la historia y la geografía. Esta nueva ciencia trata de justificar, cualquiera que sea en aspecto positivo o negativo, *la razón de ser* de todos y cada uno de esos principalísimos acontecimientos, en la vida de los hombres, que son las guerras.

El teniente general Martínez de Campos, ha compuesto la historia del siglo XVIII de la *España bélica*, libremente, sin influencias ni presiones exteriores y con la extraordinaria precisión que la historia militar exige. También ha considerado todas las circunstancias ambientales, tales como las atmosféricas, naturaleza y situación del espacio—tierra y mar—en que se luchó, medios y armas empleados, moral de las tropas, calidad de los mandos, procedimientos tácticos y potencia del adversario.

Realiza una crítica objetiva y ponderada, analizando cada acción bélica en sus preparativos, desarrollo y consecuencias; sabe dar a la descripción la facilidad que su pluma de académico de la Lengua le presta, para que su mente de soldado describa con el rigor histórico que le exige el sillón de académico que ocupa en la de la Historia.

FERNANDO DE SALAS.

EPAX CHRISTI: *Chrétien dans l'univers*. Casterman, 1964, 230 págs.

Una afirmación típica de nuestra época es que el mundo marcha hacia su unidad. ¿De verdad va hacia la unidad? ¿Cómo interpretar las resistencias—renacimiento de los nacionalismos, racismos, violencias—a esa unificación?

Las respuestas a tales interrogaciones no son fáciles. Dentro de ello, no es el menor problema la cuestión de la precisión del vocabulario. Por lo pronto, ahí tenemos ese gran término de *universalismo*.

Y observemos en primer lugar que, demasiado frecuentemente, se confunde el *universalismo* con la abstracción o la uniformidad, como si para penetrar en la *dimensión internacional* el hombre moderno tuviera que ser un «ser matemático», un «denominador común» sin contenido ni particularidades. Por el contrario, vemos que para llegar a una *extensión universal* es preciso tener de antemano un contenido humano, una cul-

tura, un valor, una moral. Para llegar a la Comunidad mundial, se impone pasar por la naturaleza humana encarnada en las personas. Cuanto más hombre es un hombre, más puede ser universal. Y cuanto más cristiano es un hombre, más «católico» se hace, con «aptitud» para todos los tiempos, todos los lugares, todas las civilizaciones... Así lo mantiene el cardenal Feltn, en el prólogo de la obra reseñada.

El universalismo cristiano—dirá esa ilustre personalidad de la Iglesia—es vida, progreso, historia. O, al menos, debía serlo. En todo caso, hay el deber. Y he aquí que, en el sentir del citado cardenal, esa obligación de naturaleza y de gracia se obtiene y se prepara. En tanto que don de Dios, debe ser pedida por medio de la oración. En tanto que acto del hombre, supone una larga educación.

O sea, nos encontramos ante el problema de una *pedagogía del sentido universal*. ¡Como quien dice nada!

* * *

Pues bien; el objetivo del presente volumen es ofrecer argumentos e impulsos para ir en pos de un mundo más fraternal y más uno.

Desde luego, mucho es lo que nuestra crítica hora exige. De ahí la pertinencia de la atención sobre *el cristiano y el final del mundo antiguo* (en lo que puede tener de aleccionamiento). Es lo que hace Michel Meslin, en el primer trabajo de este libro. En tal valoración, se abordan facetas como la ascensión social de la Iglesia; la atmósfera policiaca del Bajo Imperio; la situación religiosa y las vicisitudes de la política en las zonas de límites imprecisos, indecisos, de las marcas del Imperio Romano; la primacía del sentimiento patriótico sobre la inquietud misionera a fines del siglo IV (bajo las amenazas del mundo bárbaro contra el Imperio); las múltiples reacciones ante el hundimiento del Imperio de Roma; el papel de figuras como San Agustín; la dialéctica del «paso a los bárbaros», etc. ¡Buena experiencia la de un fin de un mundo y el alumbramiento de otro!

Ahora bien; hoy estamos ante la marcha rapidísima del mundo hacia una totalidad conscientemente percibida. Así nos lo dice Lucien Guissard. Para él, preocupándose por *el universalismo en el pensamiento pontificio*, contando con ese progresivo caminar hacia lo universal, el cristiano debe prepararse. ¿Cómo? El autor nos lo explica muy bien, echando mano continuamente de los textos de Pío XII y Juan XXIII (aunque también se aluda a monseñor Guerry y al P. Bosc). Lo fundamental es caer en la cuenta de que al universalismo cristiano no se le puede emparejar con el internacionalismo negador de las naciones y de las Patrias. Aquí se entra en el significado del nacionalismo (con la novedad de la orquestación ideológica acompañando a la aparición de Estados potentes con utilización de las técnicas del poder, desconocidas anteriormente), en el problema de la soberanía ilimitada, etc.

Ahora bien; la condición primordial de la unión de los espíritus y de los corazones es la *verdad humana* (págs. 102-103). Justificado está, pues, el registro del tema de la información, de la enseñanza y de la formación moral. Por supuesto, no son éstos los únicos puntos analizados por Guissard. Nada de eso. El autor va hasta la exégesis del bien común universal, destacándose el asunto de una eventual Autoridad mundial, etc.

Sin embargo, como consigna Guissard, la organización del mundo es una obra larga (pág. 111).

Por eso, ante la realidad internacional contemporánea, ¿cuál es el papel del cristiano? En este camino, Fr. Houtart, tratando el perfil *Sentido internacional y sentido católico*, sostiene cómo lo que ha de examinarse primeramente es la realidad internacional actual, expresada en tres facetas: civilización (basada sobre los valores de progreso humano), espíritu (cuyo canal es la civilización técnica), estructuras. A la trilogía *civilización, espíritu, estructuras* se puede yuxtaponer otra: *teología, sentido católico y medios de acción de la Iglesia*. Que los católicos comprendan claramente y que tengan el valor de pensar y vivir las dimensiones de la escena internacional es la administración final de Houtart.

RECENSIONES

De ahí el interés de la diferenciación entre el verdadero universalismo y el falso universalismo. Es lo que hace A. Dondeyne. En tal empresa, se pone la atención sobre una serie de puntos clave: la idea de universalidad (en pro de un universalismo *concreto y enriquecedor*), la unificación de nuestro planeta (estudiándose la supresión progresiva de las distancias físicas y geográficas, de las barreras y de las distancias sociales, el encuentro de los hombres y de las culturas), el universalismo cristiano (fundado en la palabra, en el diálogo), etc.

Y cómo formar una conciencia de la unidad del mundo, constituye el objeto de la valoración de C. Santamaría. En esta tesitura, la primera labor a llevar a cabo es *sensibilizar las conciencias ante las «injusticias colectivas»* (pág. 195).

En fin, en toda esta inmensa cuestión, surge el papel del apóstol (bien diferente del propagandista). Los puntos de vista de B. Lalonde, a este respecto, nos descubren que el campo es bien amplio: transformar una *unidad que se dice* en *unidad que se quiere* y, después, en *unidad que se hace*. Y, en esa coyuntura, hay que llegar a los métodos a adoptar: ¿cruzada o coexistencia? Por lo pronto, tengamos muy presente un extremo puesto de relieve por Lalonde: la función dinámica de *hacer la historia*. Aceptar el *deber de anticipación*: convencerse de que el hombre de mañana es nuestro prójimo...

Completan el enfoque de la problemática del universalismo los estudios de: a) Luciano Pereña, sobre *la conquista de «América latina» y la paz internacional*: una lección para nuestro tiempo (variadas lecciones); b) René Rémond, sobre el paso de la interdependencia de hecho de los pueblos—progreso apenas discutible—a la solidaridad de las conciencias—donde no se puede decir lo mismo—(y es que la primera etapa para la comprensión internacional se sitúa no en el dominio de las condiciones exteriores ni en la esfera de los sentimientos elementales, sino en el terreno de la educación de la conciencia); y c) Jean Frisque sobre *la paz de Cristo* (un «mañana» permanente).

* * *

En 1957, S. S. Pío XII nos advertía: «*Un cristiano no puede permanecer indiferente ante la evolución del mundo.*»

Pues bien; en esa línea de transparente, y trascendente, advertencia, no hay duda de que el volumen reseñado llega en buenos momentos. Su mérito—su primer mérito—es ser el fruto de una experiencia: haber sido vivido, al mismo tiempo que pensado, en la óptica del ambiente internacional actual (Concilio Vaticano II, etc.). Su otro mérito—segundo mérito—es el no insertarse en la dirección del llamamiento *sentimental* a una *universal apertura* al mundo. Es decir, a la oportunidad de su propósito se une la justeza de sus juicios.

Por tanto, ha de confiarse en que la obra comentada ayude a perfilar—con visión cristiana—la complejidad de la temática interestatal contemporánea, en paso previo para la aprehensión de los síntomas de sus torturados rumbos...

LEANDRO RUBIO GARCIA.

HARARI, MAURICE: *Governments and Politics of the Middle East*. American Association for Middle East Studies. Prentice Hall Inc. N. J. (EE. UU.), 1962-1964, 180 págs.

A pesar de haber transcurrido varios años desde la primera aparición del libro de Maurice Harari, tanto sus reimpressiones como el desarrollo de los acontecimientos del «Oriente Medio» han acelerado su evolución en el sentido de las líneas de enfoque que él había trazado. En cierto modo puede decirse que es una obra cuya actualidad, aunque vaya cambiando y alterándose en los sucesos, no se altera, sino que se profundiza

RECENSIONES

con nuevas reacciones dentro del mismo campo de tensión. Realmente, el sector Este del Mediterráneo, que después de conocerse como «Antiguo Oriente» de los primeros imperios, fué el exacto «Cercano Oriente» de los geógrafos, y ahora queda confuso dentro del término anglosajón, «Middle East», sigue constituyendo uno de los sectores mundiales donde más permanecen y actúan las influencias del ambiente, el suelo, el clima y los antecedentes raciales.

El propósito inicial del libro de Maurice Harari correspondía desde el comienzo al deseo de llenar un hueco en el sector de las obras impresas que en lengua inglesa podían consultar para tener una idea de conjunto sobre lo que son, lo que piensan y cómo actúan tanto los gobiernos como las organizaciones políticas, y las fuerzas políticas de presión, a lo largo de todo el conjunto próximo-oriental (es decir, un conjunto extraterritorial de países que figuran entre los más complejos e inquietos del globo). El cuerpo de los textos del libro van dando cuenta, país por país, de la situación doméstica interna (en 1962), las determinantes generales de las relaciones internacionales en cada Estado, y las fuerzas dinámicas que se equilibran o se oponen. Así desfilan por sus capítulos la moderna Turquía, Persia o Irán; la R. A. U., que sigue siendo Egipto; Iraq; Líbano, junto con Siria; Palestina, incluyendo el problema de Israel, y Arabia Saudita con el Yemen.

Después, el propósito final u objetivo de toda la exposición consiste en subrayar cuáles son los modelos predominantes de la acción política que ha dado forma al «Middle East», en medio del entrecruce de las corrientes regionales e internacionales. En este sentido, una de las mayores precauciones sentidas y expuestas por Maurice Harari es la de poder saber si la democracia (entendida en un sentido anglo-norteamericano) ha perdido o puede perder su firme posición de arraigo sobre el terreno próximo-oriental. Para ello Harari examina, país por país, cuáles son o pueden ser las perspectivas de permanencia o de readaptación que en ellos pueden quedarle a la democracia de tipo parlamentario constitucional. En general, este autor se muestra optimista respecto a la reorganización y consolidación de los sistemas de gobierno próximo-orientales que den preferencia a las formas directas de representación y gestión popular. Aunque dichas formas no estén calcadas de las de Londres, París, Washington, Berna, etc., sino adaptadas a las condiciones geográfico-sociales de los países situados en el Levante Mediterráneo.

Una nota de conjunto muy curiosa y sugestiva (aunque inesperada) del libro *Governments and Politics of the Middle East*, es la importancia que su autor concede a la supervivencia de los factores formativos islámicos o musulmanes. Los restos de los encuadramientos de los antiguos jefatos que allí tuvieron sus cabeceras durante unos mil trescientos años, constituyen todavía un elemento fundamental en las posibilidades de adaptación y reforma de las instituciones representativas extranjeras. Así, por ejemplo, la tradicional democracia comunal levantina y el reciente «socialismo árabe» no tienen mucho que ver con las instituciones occidentales ni con las soviéticas; pues son fuerzas sociales que provienen indirectamente del Corán.

Harari considera indispensable para entender al «Oriente Medio», que está en su mayoría poblado por musulmanes (a pesar del intercalado de Israel, y los numerosos núcleos cristianos), tener en cuenta que el Islam no es solamente una religión. Sólo el Islam posee un sentido de encuadramiento social que permite definirle como «a political, social and legal way of life». Hoy, a pesar de haber desaparecido totalmente las formas jefatiles, de haber evolucionado los restos sultanianos en formas de monarquías constitucionales, y de predominar los Estados de formas republicano-militares o republicano-financieras, el Islam sigue siendo un factor presente en los conceptos del patriotismo y la ciudadanía. Así, por ejemplo, Maurice Harari dice que aunque los Estados del Oriente Medio son a veces plurirreligiosos (como el Líbano), otras veces laicos (como Turquía) y algunos borrosamente liberales (como Tunicia), sigue arraigada la convicción de que los verdaderos y genuinos ciudadanos son los musulmanes solamente. Harari recuerda y subraya ese hecho de que: «Obviously, only Muslims could be considered full citizens.» El islamismo no es ya en ninguna parte un determinante de

RECENSIONES

la política interna ni de la internacional; pero sigue como un poderoso substracto de los movimientos colectivos.

La comprensión del Islam representa, por tanto, un factor que nunca puede ser dejado de tener en cuenta, aunque pocas veces se presente públicamente. Esto puede servir también como ejemplo o demostración de que cuando las potencias (grandes y pequeñas) del sector mundial llamado unas veces «atlántico» y otras veces «occidental» se encuentren en la necesidad de tratar con las naciones y los pueblos del «Middle East» tradicional (es decir, el arábigo y arabizado, o el turco e iraní de fondo musulmán) no lo haga a través de los modos occidentales de enfocar las realidades; ni mucho menos tratando de imponer sus puntos de vista.

Refiriéndose concretamente a los Estados Unidos de Norteamérica, Maurice Harari considera útil y necesaria la continuación de la política de dar ayuda de dinero y técnica para impulsar y desarrollar la economía próximo-oriental, que es aún flotante y confusa. Para ello es un inconveniente previo el de que se interprete la acción norteamericana como un vestigio de los pasados colonialismos de algunos países europeos. Un inconveniente más grave es la convicción (general en los países árabes) de que el Estado de Israel es una cuña hostil clavada sobre todo por apoyos estadounidenses. De todos modos, las futuras acciones norteamericanas y europeas en el «Oriente Medio» tendrán que hacerse proponiendo, no exigiendo. Harari insiste en que los buenos resultados se obtendrían poniendo menos insistencia en solicitar de los Estados más o menos islámicos una previa y absoluta «pro-Western Orientation». Es mejor ir estableciendo intereses comunes, para facilitar desarrollos en los sectores industriales, laborales, demográficos, culturales, etc. También es necesario tener en cuenta que un sincero respeto hacia los motivos que obligan a muchos Estados orientales (sobre todo árabes) a seguir una neutralidad de no-alineación, sirven mejor a los intereses de los Estados Unidos y sus aliados, que ninguna clase de contraproducentes presiones.

Considerando al lado de las orientaciones y las exposiciones teóricas el aparato documental, el libro de Harari presenta la utilidad de una bibliografía de posibles ampliaciones de datos, al final de cada capítulo; así como otra bibliografía de carácter general. La publicación a cargo de la Asociación Americana para los estudios del Oriente Medio, responde los objetivos básicos de dicha organización, que son los de proporcionar materiales directos de análisis e investigación oriental a las universidades y los Centros superiores especializados de los Estados Unidos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

GARCÍA ROBLES, ALFONSO: *La desnuclearización de la América Latina*. Centro de Estudios Internacionales, el Colegio de México. Méjico, 1965, 110 págs.

«Es este seguramente el primer libro—dice el autor de esta obra, en el prólogo—que se publica sobre la desnuclearización de la América Latina, una empresa que, en menos de dos años, ha conquistado el interés y el apoyo entusiasta de todos los pueblos de la región.» Es un poco pretencioso, sin duda, dar a este trabajo un título que no merece otra consideración que la de un folleto al que un uso bastante generoso de los espacios en blanco ha proporcionado unas dimensiones algo más abultadas que las que normalmente hubieran podido tenerse por justificadas. No es esto lo peor, sin embargo.

Como presidente de la Comisión Preparatoria para la Desnuclearización de la América Latina, don Alfonso García Robles se encontraba en unas condiciones envidiables para hacer una presentación adecuada de un tema que es, sin duda, apasionante. Cogida la Humanidad como lo está, entre los brazos de la tremenda tenaza nuclear que terminan, por sus lados respectivos, en el poder ya poco menos que absoluto de dos inmensas acumulaciones de energía y capacidad destructora, es bien poco, ciertamente, lo que

se puede hacer—casi lo que se puede decir—sobre una de las grandes preocupaciones de nuestro tiempo.

Desde hace mucho tiempo se ha venido hablando y proyectando sobre la creación de zonas desnuclearizadas aquí y allá. Para darse alguna cuenta de la falta de realismo que han tenido las actividades de esta naturaleza, bastaría con pensar en las pocas—ninguna—probabilidades de un plan como el que pretendía establecer una zona desnuclearizada por el centro de Europa, uno de los lugares de mayor densidad de población y, por lo tanto, más gravemente amenazado para el caso de que llegase a estallar un conflicto de carácter general y en el cual se llegase al empleo de las armas nucleares, con los fines que fuese, tácticos o estratégicos, o las dos cosas a la vez. No haría falta posiblemente para que sufriese daños acaso irreparables que algunas por lo menos de las bombas explotasen en su medio, lo que sería tal vez irremediable. Hubiera bastado, sin embargo, con que lo hubiesen hecho sólo por los extremos, siempre que fuese en cierta cantidad.

El mundo de las armas atómicas es de unas características muy especiales, sin duda. De sus riesgos hay algo bastante más amenazador, ya que el recuerdo terrible de lo que ha sucedido en dos ciudades japonesas cuando la segunda guerra mundial, estaba agonizando. Hace muy pocos años todavía que terminaron casi de una manera total los experimentos con armas nucleares en la atmósfera—sólo ha habido dos grandes y por ahora significativas excepciones en el proceso de negociación y adhesión al Tratado de Moscú, lo que habla de la posibilidad y algo más de que estos experimentos continúen a pesar de todo—y con ellos terminó también lo que ya se estaba convirtiendo en una amenaza ominosa para la salud y, en definitiva, para la vida en nuestro planeta o en grandes porciones del mismo, en el mejor de los casos.

Con tantas pruebas atómicas como las que solían celebrarse—varios centenares ya hasta el día sólo por el lado de los Estados Unidos y la Unión Soviética—, la atmósfera estaba sometida a un proceso de contaminación que avanzaba con estremecedora rapidez. Por causa de la configuración misma de la Tierra, de las corrientes atmosféricas y de la circunstancia tan importante de que todas las actividades de esta clase estuviesen concentradas en el hemisferio septentrional y en regiones situadas más bien hacia el norte, podía llevar a la conclusión de que en el peor de los casos, y siempre de continuar adelante aquella tendencia, se empezarían a sentir las consecuencias en forma que acaso se llegase a considerar como intolerable, aunque toda la porción meridional de nuestro planeta estuviese aún poco o nada afectada.

Había motivo, desde luego, para la especulación y hasta para la fantasía también. Se podía pensar asimismo en que había incluso algún motivo, por pequeño y débil que fuese, para la esperanza. En ese caso, ¿por qué no agitar, organizarse para impedir que, en la peor de las circunstancias posibles, se propagase también hacia esa parte lo que venía demostrando tener unas propiedades a la extensión—proliferación—poco menos que irresistibles?

Como puede advertir cualquiera, la mayor porción, con mucho, de la masa terrestre de nuestro mundo se halla concentrada en el hemisferio norte, el de mayor superficie en condiciones de habitabilidad, el de mayor concentración de población, por lo tanto, y el más desarrollado desde un punto de vista material y práctico. Por la porción que se extiende hacia el Sur—una parte del continente africano y otra del americano, junto con islas, muchas de ellas, algunas de grandes, incluso continentales, dimensiones, y la inmensa superficie helada de la Antártida—a unas condiciones naturales en apariencia poco dadas a facilitar la propagación de agentes contaminadores de la atmósfera producidos y puestos en movimiento por el hemisferio septentrional, podía añadirse el factor importante en esta ocasión de un estado de desarrollo enteramente inadecuado para proceder sin pérdida de tiempo a la producción de nuevas, mayores y «mejores» armas nucleares. No sólo había una falta conspicua de medios, sino que en las condiciones económicas en que se encontraba, en general, toda esa parte de nuestro planeta, podía ser extravagancia totalmente injustificada la desviación hacia unas actividades nuevas del todo, unos recursos que se necesitaban de manera apremiante para otras cosas.

RECENSIONES

Este es uno de los pocos puntos de que una manera muy superficial y esquemática se tocan en esta obrita al resumir los puntos de la resolución aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en noviembre de 1963, de esta manera:

«Queremos contribuir a que nuestros hijos puedan crecer libres del terror que inspira la amenaza de una guerra nuclear.

»Queremos que ninguna porción de Latinoamérica llegue a ser nunca teatro de ensayos de armas nucleares, sea cual fuere el medio o espacio en que pretendiera realizarnos.

»Queremos tornar imposible aun la más remota hipótesis de que los escasos recursos de que disponemos para el desarrollo de nuestros países y la elevación del nivel de vida de nuestros pueblos pudieran llegar a despilfarrarse en una ruinosa y a todas luces absurda carrera de armamentos nucleares.

»Queremos que todos los Estados, y en especial las potencias nucleares, se comprometan a respetar estrictamente y en todos sus aspectos y consecuencias, el estatuto jurídico de la desnuclearización de la América que lleguemos a adoptar.

»Queremos que esta cuestión permanezca fuera, como desde un principio la hemos colocado, de la llamada «guerra fría», de la cual no perdemos la esperanza de que el Tratado de Moscú haya marcado un comienzo de deshielo definitivo.»

Sólo en las porciones continentales del mundo que se extienden hacia el Sur, hasta pasar la línea del Ecuador, se dan unas condiciones que, en apariencia, son favorables a la adopción de una política resueltamente antinuclear. Una de ellas se ha visto afectada, por desgracia, por la impaciencia que se siente ante la necesidad de disponer de medios adecuados no sólo para tener una sensación de seguridad, sino para sobrecojer el ánimo de un posible o posibles rivales con la amenaza de unas represalias de una decisiva fuerza devastadora. En el momento mismo en que las armas nucleares han podido ser consideradas como un instrumento decisivo—y definitivo—de acción, para la defensa y la represalia, podía tenerse la seguridad de que se codiciaría su posesión aunque sólo fuese como garantía de supervivencia de situaciones en apariencia tan insostenibles—a la larga—como el Estado de Israel, envuelto por el mar de la hostilidad árabe, o como el régimen de *apartheid* en el África del Sur, abrumado por la inmensa superioridad numérica de la población indígena y negra.

Otra gran porción del mundo meridional empezaba a ser no sólo campo de experimentación con armas nucleares, sino a considerarse de alguna manera afectado directamente por las actividades de esa clase que tenían desde hacía tiempo por escenario el hemisferio opuesto. La posición de Australia como asociada de la Gran Bretaña, por un lado, y de los Estados Unidos, por el otro, más bien que como miembro de la Commonwealth, podía inducir a actividades similares.

Sólo quedaba, en fin, una parte del mundo, la América hispana, para la que no se podía encontrar la menor justificación para dar comienzo a unas actividades que hiciesen posible pensar en que también por allí asomaba el peligro de la proliferación, que está bien en evidencia casi por todo el resto del mundo. Sin conflictos, ni la posibilidad siquiera de que pudiesen surgir, de la gravedad indispensable para justificar esfuerzos y sacrificios de extremada naturaleza, con condiciones generales de una relativa uniformidad y en un estado de desarrollo hacia el cual se podrían con gran provecho dirigir todas las energías y todos los recursos disponibles, el escenario parecía dispuesto en Hispanoamérica para ofrecer en él una representación práctica y elocuente de lo que es posible hacer cuando se siente una verdadera devoción por la paz y se siente, además, la necesidad de ahorrar al género humano preocupaciones y peligros de la naturaleza de los que, con el comienzo de la era atómica, se han puesto en evidencia por vez primera.

Recoge el señor García Robles aquella declaración hecha por John F. Kennedy, el asesinado presidente de los Estados Unidos, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, en septiembre de 1961, al decir:

«Un desastre nuclear, propagado por el viento, el agua y el miedo, podría perfectamente envolver a grandes y pequeños, ricos y pobres, alineados y no alineados. La Humanidad debe poner fin a la guerra o la guerra pondrá fin a la Humanidad... Los

RECENSIONES

que estamos reunidos en este auditorio, seremos recordados como parte de la generación que convirtió a este planeta en una llameante pira funeraria o como la generación que cumplió su palabra de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra... Unidos, salvaremos nuestro planeta, o juntos pereceremos en sus llamas.»

Es la idea que, con palabras del presidente de Méjico, Gustavo Díaz Ordás, sirve de frontispicio a este pequeño libro que pudo haber tenido, por lo menos, la salvación de una gran introducción a unos cuantos discursos del autor en la forma de un ensayo general sobre la gravedad de esta hora y sobre lo que Hispanoamérica puede hacer para su propia protección y salvaguardia y también para servir de ejemplo alentador a los demás, a los que no estén aún obsesionados por la idea de que las armas nucleares son indispensables, más que necesarias, y que llegan, por ello, a olvidar esa característica radicalmente nueva de que son, a la vez que instrumentos decisivos de destrucción del enemigo, medios seguros de asegurar la propia destrucción también, instrumentos eficaces de suicidio, es decir. Y en el caso de que haya obstáculos insuperables, que muy bien pudiera haberlos, grande sería el servicio que se prestase con ponerlos en evidencia y con absoluta, rotunda claridad.

Se puede estar de acuerdo en todo con esa declaración del señor Díaz Ordaz—«... estamos convencidos de que o el mundo acaba con las armas nucleares, o las armas nucleares acaban con el mundo»—, pero no en que continúe una situación como esta en la que Hispanoamérica puede dar el ejemplo, o intentarlo al menos, sin que se advierta con mucha decisión y franqueza por qué no se hace, en el caso de que no se haga, como así parece ser. Este es un defecto mucho más grave, sin duda, que el de presentar como un libro lo que apenas puede pasar de ser un simple folleto.

JAI ME MENENDEZ.

